

Lehen Meza 2022-12-18

Egun on guztioi!

Agian jende gehiago dago gaur gure igandeko ospakizunean. Nire familia hor dago eta beste lagun batzuk, kanpotik etorritakoak, hortik daude ere.

En la misa de hoy nos acompañan también personas que habitualmente no suelen participar en esta Eucaristía dominical de la catedral. Son mi familia y algunos amigos que han venido de lejos y que han querido celebrar la Eucaristía con nosotros antes de marcharse a sus lugares de origen. Hoy nos acompañan. Sed todos bienvenidos a celebrar con nosotros este último domingo de adviento.

En este día, la escritura nos habla de José, que es un soñador. José tiene un sueño. Un sueño difícil de comprender. Y así, en medio de las dificultades, se nos habla también de una promesa; la promesa que le hace el ángel de que va a nacer un niño. El profeta había dicho que esa era la señal: un niño envuelto en pañales que sería llamado Emmanuel, “Dios-con-nosotros”. El evangelio de Mateo comienza así, y, curiosamente, termina de la misma manera cuando Jesús asciende al cielo y les dice a sus discípulos: “Y sabed que Yo ‘estoy-con-vosotros’ todos los días hasta el fin del mundo.

Eta hau da promesa. Esta es la promesa: que Dios viene a estar con nosotros. No para marcharse sino para quedarse con nosotros, para siempre (todos los días hasta el fin del mundo). Y nos sucede como a José, que muchas veces no comprendemos lo que Dios nos anuncia. Con todo, tenemos que vivir en la confianza de que él siempre nos acompaña. Esto es lo que nos diferencia a los que somos creyentes de los que no lo son. Que tenemos una esperanza que se basa en la confianza de saber que Dios está siempre con nosotros... lo ha estado siempre; estuvo, está y estará. Y nosotros con Él, aun en medio de las dificultades. Por eso los

creyentes podemos decir como el salmista del salmo responsorial que cantábamos ayer, en el día de la ordenación episcopal: “El Señor es mi pastor, nada me falta, nada temo Señor porque tú vas conmigo”. Eta hau da fededunok dugun esperantza eta konfidantza. Jainkoa gurekin ibiltzen denaren konfidantzarekin, zailtasun guztiak gainditzeko gai gara. Tenemos esa confianza en que Dios nos acompaña.

El Papa Juan Pablo II, cuando comenzó el milenio, nos dejó una carta: *Novo Millenio Ineunte*, en la que decía que tenemos que “mirar al pasado con gratitud, vivir el presente con pasión y abrirnos al futuro con esperanza”. De esta manera vamos viviendo en el tiempo, en la historia que nos toca vivir, porque Cristo es el mismo ayer, hoy y siempre; porque Dios está con nosotros ayer, hoy y siempre. Mirar al pasado con gratitud nos sirve para aprender. A veces aprendemos por escarmiento, pero miramos al pasado agradecidos por todo lo que hemos recibido. Decía el clásico Cicerón que la historia es maestra de la vida. El Papa Benedicto XVI –emérito Papa Benedicto XVI– dice que a la historia la tenemos que mirar no solo con gratitud, sino que también –ha dicho él– la tenemos que mirar con cierta benevolencia. ¿Por qué con benevolencia? Porque todo en la historia no ha estado bien. Sin embargo, a pesar de ello, de la historia siempre podemos sacar muchas más cosas buenas que malas. Y así, con las raíces bien puestas y fundamentadas, podemos mirar a la historia agradecidos. Así nos embarcamos desde eso que hemos recibido hacia un futuro lleno de esperanza. Pero el futuro que tenemos que abrazar en esperanza es ‘futuro’, es por-venir y está por construir, por hacer. Solo nos queda es vivir el presente.

Otro de los libros clásicos del que seguramente habréis oído o incluso algunos habréis leído, *La Odisea*, tiene un personaje, Ulises (Odiseo), que salió de su tierra, Ítaca, con intención de volver allí un día. Pero lo importante en *la Odisea* no es la vuelta a Ítaca. Nos puede suceder también a nosotros que, de tanto pensar en volver a Ítaca, uno se olvide de lo importante que es hacer el

camino, el presente que vivimos, la vida que nos toca vivir. Si Ulises no hubiera hecho todo ese camino luchando contra tantas dificultades, contra tantos Titanes y otras adversidades, no existiría esa trepidante y aleccionadora historia de *La Odisea*. Lo importante es, pues, el camino. Y solo tenemos este camino, la vida que estamos viviendo. Es la que tenemos: disfrutémosla, vivámosla con plenitud, llenos de la esperanza de saber que el Señor está siempre con nosotros y nos acompaña en el camino de la vida.

Hay mucha gente que piensa que vive sola y no tiene compañía en este camino. Nosotros los creyentes, los que estamos convencidos de que Jesús está con nosotros y que nos ha prometido estar con nosotros siempre –todos los días hasta el fin del mundo– estamos llamados a acompañarles, a hacerles sentir que de verdad esto que creemos con el corazón y vivimos en esperanza es algo real, algo que se lo podemos ofrecer, porque vivimos convencidos de que el Señor camina con nosotros. Por eso podemos vivir alegres, confiados, sabiendo que el mal no tiene la última palabra. “Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, Señor porque Tú vas conmigo...”. ¡Tú vas con Nosotros!

Esta es la gran noticia que vamos a celebrar la semana que viene, con más intensidad, en la Navidad. Vamos a vivir y a celebrar que Dios viene a nosotros, si nosotros nos abrimos y dejamos que Él también llene nuestra vida y que, con su venida, de alguna manera, renueve la nuestra y renueve nuestra fe.

Os agradezco de corazón a todos los que ayer estuvisteis en la celebración acompañando el rito de mi ordenación. A partir de hoy se abre un tiempo nuevo, muy nuevo para mí, y también para vosotros. Me gustaría que, de verdad, mi ministerio entre vosotros sea un ministerio fecundo; que pueda ser para todos –decía ayer en la alocución– como un padre, como un hermano y como un amigo. Contad siempre conmigo. Solo os pido, por favor, que tengáis un poco de paciencia, pues estoy todavía con la “L” de prácticas en la espalda.

Agradezco de verdad vuestras oraciones y, sobre todo, vuestro cariño. Y a mi familia, que hoy mismo vuelve a sus lugares de origen, os digo, simplemente, que tengáis un buen viaje. Sabéis que rezo por vosotros; acordaos de rezar también por mí de vez en cuando. Nos seguimos encontrando por el camino. Que así sea.